

2. «Simón, ¿me amas?». Una simpatía arrolladora

por Julián Carrón*

«Los discípulos volvían, al alba, tras una larga noche en el lago en la que no habían pescado nada. Al acercarse a la orilla ven en la playa la figura de un hombre ocupado en encender un fuego. Después verían que sobre las brasas había pescado preparado para ellos, con el fin de saciar su hambre a esa temprana hora de la mañana. Tras un momento de intenso silencio, Juan le dice a Pedro: “¡Es el Señor!”. Entonces se abren los ojos de todos, Pedro se tira al agua tal como está y llega el primero a la orilla. Los demás le siguen. Hacen un corro, en silencio, en torno a Él: ninguno se atreve a preguntarle quién es porque todos saben que es el Señor. Sentados a comer, cruzan alguna que otra palabra entre ellos, puesto que todos están intimidados por la presencia excepcional de Jesús, Jesús resucitado, que ya se les había aparecido más veces. Simón, cuyos muchos errores le habían convertido en el más humilde de ellos, sentado también en el suelo frente a la comida preparada por el Maestro, mira a su lado y con asombro y temor ve que se trata de Jesús. Entonces aparta la mirada y se queda así, cohibido. Pero Jesús le habla. Pedro piensa para sí: “¡Dios mío, cuántos reproches me merezco! Ahora me va a decir: ‘¿Por qué me has traicionado?’”. La traición había sido su último gran error, pero toda su vida, aun dentro de su familiaridad con el Maestro, había sufrido tribulaciones debido a su carácter impetuoso, a su temperamento fuertemente instintivo, que le hacía lanzarse sin medir las consecuencias. Se juzgaba a sí mismo a la luz de esos defectos. Aquella traición final había sacado a relucir todos sus fallos: que él no valía nada, que era débil, débil hasta dar lástima. “Simón...” –¿quién sabe el escalofrío que debió de recorrer su cuerpo mientras escuchaba esa palabra llegándole al corazón!– “Simón... –y en ese momento quiso levantar la mirada hacia Jesús–, ... ¿me amas?”. ¿Quién se podría esperar esa pregunta? ¿Quién habría sospechado algo así? Pedro era un hombre de cuarenta o cincuenta años, con familia e hijos y, sin embargo, ¡era como un niño frente al misterio de ese compañero con el que se había encontrado por casualidad! Imaginemos cómo se sentiría al verse traspasado por esa mirada que le conocía hasta el fondo. “Te llamarás Cefas”: su fuerte carácter estaba plasmado en esa palabra, “piedra”, y lo último que se podía esperar era lo que el misterio de Dios y el misterio de aquel hombre –Hijo de Dios– iban a hacer con esa piedra, a sacar de aquella piedra. Desde el primer encuentro Él se había hecho dueño de su ánimo, había invadido su corazón. Con esa presencia en el corazón, con la memoria continua de Él miraba Pedro a su mujer, a sus hijos, a los compañeros de trabajo, a amigos y extraños, a personas y multitudes, y pensaba y se dormía con esa Presencia dentro de sí. Aquel hombre se había convertido para él en una revelación grande, inmensa, todavía por esclarecer»¹. »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» Continúa don Giussani reviviendo la escena: «“Simón, ¿me amas?”. “Sí Señor, te quiero”». Pero, ¿cómo es posible, «cómo podía decir eso después de todo lo que había hecho?», con todos los errores que le venían a la mente? «Ese “sí” era la afirmación de que reconocía en Él una excelencia suprema, una supremacía innegable, una simpatía que arrastraba a todas las demás. Todo quedaba recogido dentro de aquella mirada: era como si su coherencia y su incoherencia pasaran por fin a un segundo plano frente a una fidelidad que sentía como carne de su carne, frente a la forma de vida que aquel encuentro había plasmado en él»². Simpatía no es la palabra que esperaríamos encontrar cuando se habla de moral, pues hace pasar a segundo plano el problema de la coherencia o la incoherencia. Pero quien lo ha experimentado puede entenderlo: una presencia como la de Jesús, una simpatía como la que suscita Jesús prevalece sobre todas las iniquidades que uno ha podido cometer.

¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 80-82.

² *Ibidem*, p. 82.